

Prólogo

El precio local de una guerra mundial

Fredy González Zubiría¹

Luego de años de gestiones, la comunidad académica y el público en general tienen acceso a esta formidable compilación realizada por la historiadora y profesora Lina Britto, de ancestros guajiros, sobre la correspondencia confidencial del viceconsulado de los Estados Unidos en Riohacha entre los años 1940 y 1943, para entender lo sucedido en La Guajira durante la Segunda Guerra Mundial y darle luces a nuestro presente desde el pasado.

La investigación, realizada en los archivos nacionales de los Estados Unidos, reconstruye los hechos acontecidos durante un periodo de gran tensión internacional, cuando la suerte del mundo estaba en juego y a nivel local pesaron los intereses económicos del momento.

La tesis que plantea Lina Britto sobre el papel fundamental que jugó la Alemania nazi en la economía guajira es de gran importancia. Visibiliza una conexión geoeconómica con lo sucedido tres décadas después en la bonanza marimbera. No fueron fenómenos económicos aislados, sino sucesos que transformaron a La Guajira en zona de extracción nacional e internacional, estatal y paraestatal, legal y clandestina. Por ello, La Guajira pagó un alto precio.

1. Escritor, investigador, historiador, comunicador, docente de investigación y etnografía, administrador de áreas culturales, con amplios conocimientos en gestión cultural, patrimonio cultural de La Guajira y del antiguo Magdalena Grande, y procesos sociales de la región. Cuenta con experiencia en procesos de planificación cultural, archivos históricos, edición de libros culturales y académicos y producción audiovisual.

Tenemos la certeza de que los empresarios Herbert Müller y Wilhelm Eikhof, residentes en Riohacha, exportaron dividivi de La Guajira a la Alemania gobernada por Hitler, y quizás ese tanino sirvió para curtir cueros con los que posiblemente se fabricaron botas, cartucheras y chaquetas para soldados y oficiales del ejército nazi.

Sin embargo, nos queda la duda de si Müller participó como espía para colaborar en alguno de los ataques de submarinos alemanes en costas guajiras que llevaron al hundimiento de varios barcos aliados como el Flora y el Arriaga.

Tampoco sabemos si los proveedores de dividivi y empleados de los alemanes en Riohacha estaban enterados de lo que sucedía en el Viejo Continente, o si los señalados por suministrar ACPM a los submarinos alemanes en Manaure y el Cabo de la Vela lo hicieron o no. Asimismo, no entendemos si la sola simpatía con los regímenes de Alemania e Italia por parte de los italianos, árabes y criollos era una razón suficiente para que fuesen incluidos en la Lista Negra, con el consecuente bloqueo económico y aislamiento comercial.

De lo que sí estamos seguros es de que lo sucedido en Riohacha entre 1940 y 1943, a raíz de la persecución a los empresarios más poderosos, llevó al colapso económico de la ciudad. Lo que inició como «un macabro juego» de delatarse unos a otros como nazis y fascistas terminó en el fin del comercio exterior de la ciudad y en el estancamiento económico.

El estigma sobre La Guajira se profundizó. Cuando los Estados Unidos iniciaron las investigaciones en el territorio, el presidente Eduardo Santos ya había derogado en 1939 el decreto de declaratoria de puerto libre que ostentaba Puerto López. La decisión de los comerciantes wayuu, mestizos y algunos extranjeros de no perder la inversión en barcos, camiones y apertura de caminos y de continuar con sus actividades sin el amparo jurídico llevó a que las pesqueras norteamericanas tomaran el comercio guajiro en el plano de contrabando, palabra muy usual en la correspondencia del viceconsulado y de los informantes.

En la posguerra, el desempleo en la ciudad impulsaría una importante migración hacia Aruba, Maracaibo, Valledupar, Santa Marta y una nueva ciudad que se convertiría en el centro de comercio de La Guajira: Maicao.

La historia debe servir para nuestro presente y futuro. Por ello, esta obra sirve de fuente primaria para nuevas investigaciones, a la vez que su lectura demanda mucha prudencia. No se trata de realizar señalamientos ideológicos ni revivir pasadas disputas comerciales, sino de ofrecer a la comunidad de La Guajira y, sobre todo, a las familias afectadas la posibilidad de ejercer su derecho a conocer lo sucedido.



Introducción

La Segunda Guerra Mundial en una esquina estratégica del Caribe

Lina Britto

Ubicada en la zona más septentrional del continente suramericano, La Guajira fue un teatro de operaciones hasta ahora olvidado de la Segunda Guerra Mundial. Equidistante de la mayoría de las islas del Caribe, del golfo de México y de la Florida, y extendida entre el canal de Panamá —una de las arterias de navegación más importantes del mundo— y el lago Maracaibo —uno de los principales pozos petroleros del planeta—, la península colombiana fue crucial durante el conflicto internacional². Sin embargo, su localización geoestratégica fue solo uno de los motivos por los cuales Estados Unidos y los Aliados vieron en la península un punto neurálgico para la defensa hemisférica. Tan importante como su ubicación en la cuenca del Caribe fue el comercio con el mundo trasatlántico que tenía lugar allí, el cual databa de siglos y estaba anclado en relaciones interétnicas y cosmopolitas.

Así, el papel protagónico de esta esquina estratégica del Caribe dentro de la geografía de la guerra comenzó antes que el conflicto estallara. Desde mediados de los años treinta del siglo XX, el principal puerto de la península, Riohacha, tenía un vínculo estrecho con la Alemania nazi. En 1935, justo dos años después de la llegada de

2. Para un análisis a profundidad del contenido de este archivo confidencial, ver L. Britto (2014). El eje guajiro: nazis, contrabandistas y diplomáticos durante la Segunda Guerra Mundial, Riohacha, 1940-1943. En R. Oviedo (Ed.). *Pensamiento Poscolonial. Cambio social y relaciones subalternas en América Latina*. Universidad de Nariño.

Adolfo Hitler al poder, dos miembros del Partido Nacionalsocialista, Wilhelm Eikhof y Herbert Müller, establecieron residencia en Riohacha con el objetivo de monopolizar la exportación de productos nativos hacia Europa y abrir los mercados locales a las manufacturas alemanas (ver *Müller, Eikhof y extranjeros*). Aunque modesto, su plan cumplía una labor fundamental en el ascenso del nazismo. Tanto Eikhof como Müller hacían parte de una nueva camada de comerciantes que buscaban socavar desde adentro la hegemonía de la que gozaba Estados Unidos en América Latina y el Caribe.

Hasta entonces considerada por los gobiernos en Washington como su «patio trasero», la cuenca del Caribe se convirtió en un tablero de ajedrez del nuevo imperialismo mundial a comienzos del siglo XX. A diferencia de los viejos imperios de Inglaterra y Francia, por poner solo dos ejemplos, Estados Unidos y Alemania eran novatos en el juego imperial, por lo que se enfrentaron agresivamente, primero en la arena comercial antes de hacerlo en la militar. Su disputa por las migajas del Imperio británico y por establecerse como las nuevas superpotencias mundiales hizo que el Caribe adquiriera una importancia excepcional (Mitchell, 1999, pp. 9-63). Pero la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y la Gran Depresión (1929-1933) debilitaron la presencia alemana en el continente americano y magnificaron el déficit comercial. Elegido en 1933 para hacer de Alemania el gran imperio que siempre debió haber sido, Hitler envió una delegación a América Latina para identificar nuevas oportunidades comerciales. El resultado de esta comisión se materializó un año después, en 1934, cuando el Gobierno nazi implementó un nuevo sistema de intercambio con la región basado en el trueque de productos locales por manufacturas alemanas sin necesidad de que mediara moneda alguna (Friedman, 2003, p. 84). La compatibilidad entre el nuevo estilo comercial nazi y las realidades locales de muchos lugares de América Latina, en donde el dinero contante y sonante escaseaba, generó las condiciones para que en corto tiempo el Tercer Reich se convirtiera en un importante socio comercial de varios poblados en el continente. La Guajira, en donde el trueque

y la escasez de moneda de cambio eran tan naturales como los vientos alisios del desierto, fue uno de esos lugares.

Es más, de no haber sido por la Alemania nazi, Riohacha y su zona de influencia se hubieran hundido en la miseria después de la crisis mundial de comienzos de los treinta. Su «economía de arenas movedizas», como bien lo escribió el historiador riohachero Benjamín Ezpeleta Ariza (2000, p. 240), había experimentado una bonanza económica durante las dos primeras décadas del siglo XX, gracias a un nuevo ciclo natural de producción perlera. Sin embargo, la exportación de esta riqueza marina atrajo la atención del Gobierno nacional, que emitió un decreto prohibiendo las pescas, ordenando el uso de rastrillos y estableciendo gravámenes. Las nuevas técnicas de extracción perlera y fiscal contribuyeron a la destrucción de los corales y al colapso del *boom* (Pacheco Laborde, 1977, citado por Acosta Medina, 2000, p. 67). Con la bonanza perlera en declive y los mercados europeos destruidos después de la Primera Guerra Mundial, el comercio con las islas holandesas no dio abasto para sortear la crisis. Como en tiempos coloniales, a la pequeña Riohacha, de solo siete mil habitantes esparcidos a lo largo de unas cuantas cuerdas al sur de la desembocadura del río Ranchería, no le quedó más opción que depender de la economía wayuu de la vecina comisaría de La Guajira, ubicada en el otro costado del río, hacia el norte.

Pero el pueblo wayuu también atravesaba por transformaciones radicales. Fuertes sequías habían expulsado a los clanes más ricos del litoral, obligándolos a emigrar a la estepa ubicada entre Riohacha y el golfo de Maracaibo. Allí, en el cruce de los caminos que iban del norte al sur y del este al oeste, se levantaba un frondoso camaraju, y debajo de dicho árbol se aglomeraban clanes venidos de todos los puntos cardinales para comerciar chirrinchi, maíz, tabaco, queso, mantequilla y ganado (Orsini Aarón, 2007, p. 57). El despunte de la industria petrolera en el otro lado de la frontera, en el estado venezolano de Zulia, a mediados de los años veinte, hizo que el monto de los negocios creciera aceleradamente, obligando a que, una vez más, el Gobierno nacional en Bogotá centrara sus ojos en la región. El 29

de junio de 1927, el coronel de la Aduana Nacional Rodolfo Morales Ramírez llegó con su hermana Otilia y siete agentes más con la orden de instalarse en el lugar. El pequeño asentamiento, ubicado en un terreno cercano al cruce de cuatro vías y plantado de maíz, se convirtió en Maicao (de *maiko*, maíz en wayunaiki) (González Zubiría, 2005, p. 123; Palacio Tiller, 2005, pp. 30-33). El nuevo bastión comercial se disparó como surtidor de productos agrícolas locales y manufacturas importadas de contrabando para la emergente bonanza petrolera venezolana. En poco tiempo, Maicao acaparó el protagonismo económico, gracias al denso tejido social que las uniones matrimoniales entre mujeres wayuu y hombres alijunas (no wayuu) fueron construyendo como cimiento para la actividad comercial (Orsini Aarón, 2007, p. 57). Mientras tanto, Riohacha, el principal puerto de la región, perdía liderazgo económico, pero se sostenía como centro político.

Es a esta Riohacha adonde llegaron los alemanes Wilhelm Eikhof y Herbert Müller para revivirla de su estupor. No es claro cómo, cuándo o dónde se conocieron; lo que sí se sabe es que Müller, veterano de la Primera Guerra Mundial, en donde perdió la capacidad de visión de uno de sus ojos, llegó a Colombia antes que Eikhof. Juntos desembarcaron en Riohacha, en donde crearon una firma exportadora con el fin de canalizar a Europa los productos locales a través del principal puerto alemán: Hamburgo. Popularmente conocida como Casa Müller y con sede en una de las esquinas de la Calle del Comercio, la firma exportadora era también la agencia de Horn Line y Hamburg American Line, empresas de transporte marítimo que operaban entre Hamburgo y varios puertos del Caribe. Casa Müller también funcionaba como oficina de reservas de SCADTA (Sociedad Colombo-Alemana de Transportes Aéreos), la primera aerolínea suramericana, la cual fue fundada en Barranquilla en 1919 y ofrecía vuelos regulares entre esta ciudad y Bogotá. Adicionalmente, Casa Müller contaba con bodegas en Manaure, sede de las minas estatales de sal más importantes del país, y en El Pájaro, el puerto natural más cercano a Riohacha.

Con la ayuda de Gratiniano Gómez, vicecónsul de las islas holandesas, jefe local del Partido Conservador y dueño de la filial de S. D. C.

Henríquez & Cía. —casa exportadora fundada en Curazao y con sede en Hamburgo, Alemania—, Eikhof y Müller crearon vínculos estrechos con algunos de los líderes de la Riohacha de entonces. Mientras los locales les ayudaban a los extranjeros a adquirir productos agrícolas cosechados en la Comisaría de La Guajira por mano de obra wayuu, los extranjeros les ofrecían a Gómez y sus cercanos liquidez en forma de préstamos, además de manufacturas europeas. Incluso Luis Cotés Gómez, primo del presidente del momento, Alfonso López Pumarejo (1934-1938), administrador de las minas de sal de Manaure y comerciante reconocido por su celoso control de lo que consideraba su territorio y sus redes de abastecimiento, acogió a los alemanes y les permitió usar sus bodegas en su ranchería de Santa Rosa. Juntos, unos y otros, convirtieron a La Guajira en un importante proveedor de pieles de ganado caprino y vacuno, además de dividivi, árbol cuyos frutos eran ricos en taninos y usados para procesar cueros.

En una Alemania que se preparaba para la guerra y estaba urgida de materias primas para la producción de cueros y otros insumos indispensables para sus ejércitos, los productos nativos de La Guajira eran ampliamente apetecidos. La presencia y los negocios de Eikhof y Müller en Riohacha eran legítimos y bienvenidos. Hasta el mismo Gobierno nacional realizó transacciones con Casa Müller durante la administración de López Pumarejo. Después de la apertura de Puerto López en la bahía de Tucacas, en la Alta Guajira, el Ministerio de Obras Públicas compró regularmente en Casa Müller herramientas y otros materiales para la construcción de la vía pavimentada que comunicaba al nuevo puerto con la provincia (Britto, 2022, p. 68). El monto de negocios entre la Alemania nazi y La Guajira era tan constante que la Contraloría Nacional de la República reportó en 1940 que los principales productos colombianos importados a este país a través del puerto de Hamburgo eran dividivi y pieles de ganado caprino (Britto, 2022, p. 67). Aunque en el informe no se mencionó La Guajira, las evidencias permiten especular que era la península la principal fuente de este intercambio, en tanto que ambos productos abundaban allí.

Son los vientos de guerra a finales de los años treinta los que atizan las preocupaciones sobre la conexión comercial entre La Guajira y la Alemania nazi; y fue el Gobierno estadounidense en Washington el que encendió las alarmas. De hecho, las ansiedades de la administración de Franklin D. Roosevelt (1933-1945) no solo incluían a la península: toda Colombia estaba en el radar. Pese a que la migración alemana al país se había incrementado desde la Primera Guerra Mundial, los números seguían siendo muy bajos en comparación con otros destinos del continente, tales como Brasil o Argentina. Sin embargo, la manera en la que los alemanes se habían logrado integrar a la sociedad colombiana alarmaba al FBI, agencia de inteligencia encargada de recolectar información al respecto. Con fama de buenos trabajadores y honestos hombres de negocios, alemanes solteros o con familia habían logrado asentarse en varias ciudades y pueblos colombianos, formando hogares con sus compatriotas o con personas locales, aprendiendo el idioma y las costumbres del lugar con facilidad (Britto, 2022, p. 68; Friedman, 2000, p. 564). La prueba fehaciente de sus capacidades era la aerolínea SCADTA. Sus fundadores, administradores y funcionarios, muchos de ellos miembros del Partido Nazi, habían logrado poner a pilotos alemanes a sobrevolar una de las esquinas más importantes del hemisferio. Su visión empresarial y fluidez cultural preocupaban a Washington, especialmente cuando la guerra finalmente explotó en 1939.

«De primera importancia», así calificó Washington a Colombia en cuanto a la defensa hemisférica en tiempos de guerra. Acorde con esta relevancia, la administración Roosevelt lanzó una campaña diplomática que buscaba asegurar la cooperación del gobierno de Eduardo Santos (1938-1942). Pero el presidente colombiano se debatía entre intereses opuestos. Por un lado, estaba Roosevelt, dispuesto a hacer lo que fuera con tal de tener en sus filas a Colombia, país puente entre el canal de Panamá y los pozos petroleros de Venezuela y sede de SCADTA, la aerolínea más importante de Suramérica. Por el otro lado, estaba el Partido Conservador, que, en boca de su máximo líder Laureano Gómez y desde la oposición, exultaba

a Hitler y consideraba el imperialismo estadounidense mucho más peligroso para los intereses nacionales. Finalmente, estaba el mismo partido del Gobierno, el Liberal, que blandía orgulloso una ideología antimilitarista. Tras navegar estas aguas, el presidente Santos finalmente se decidió por la solidaridad con los Aliados, aprobó una serie de misiones militares conjuntas con los Estados Unidos y le ordenó al servicio diplomático promover la causa en los países de la región (Bosemberg, 2009, pp. 50-66; Bushnell, 1967, pp. 50-66; Coleman, 2008, p. 21; Galvis y Donadío, 1986, pp. 60-99).

Mientras el Gobierno nacional se encargó de la alta política y la diplomacia, el Departamento de Estado en Washington se adjudicó el derecho a intervenir en la vida local colombiana. Es así como la diplomacia de guerra estadounidense llegó a La Guajira como parte de una purga continental de los socios reales e imaginados del nazismo en el continente. Spruille Braden lideró la misión en Colombia, en calidad de primer embajador de los Estados Unidos en el país. Nombrado en abril de 1937, Braden debió transformar lo que era una simple misión diplomática en una poderosa embajada (Braden, 1971, p. 193; Friedman, 2003, p. 80; Galvis y Donadío, 1986, pp. 61-62). Sus directrices al cuerpo diplomático eran claras: transformarse en agentes de inteligencia que no solo recolectaban información sobre el terreno, sino que también libraban guerras comerciales en contra de objetivos específicos. Después de encargarse de lo más urgente, desintegrar SCADTA, quitársela a los alemanes y nacionalizarla bajo el nuevo nombre de Avianca, el embajador Braden enfiló sus fuerzas hacia el próximo objetivo: vigilar las dos costas del país. Siguiendo las directrices de Washington, Braden ordenó la apertura de un par de viceconsulados en los puertos de Buenaventura, en el Pacífico, y Riohacha, en el Caribe.

Ubicada en una de las esquinas más importantes de la plataforma continental suramericana en el Caribe, La Guajira era vista por Washington como un área muy vulnerable. Primero, la región existía por fuera de la zona de influencia de la política del Buen Vecino, un programa de relaciones exteriores lanzado por el gobierno de Roosevelt

con el que reemplazó el garrote de las invasiones y las ocupaciones militares por la zanahoria de la diplomacia y el comercio. Segundo, aparte de estar más conectada con Alemania que con los Estados Unidos, La Guajira tenía el potencial de convertirse en una verdadera amenaza debido a la presencia de los *u-boats*. Estos submarinos de guerra alemanes patrullaban las aguas del Caribe y en cualquier momento podrían orquestar un desembarco en las poco vigiladas playas guajiras. Rumores de infiltración y posibles actividades de sabotaje en el territorio indígena de la Comisaría ya circulaban y se multiplicaban. Todos estos factores llevaron a Washington a decidir «desalemanizar» La Guajira. Como lo dijo uno de los diplomáticos estadounidenses en el país durante la guerra, La Guajira era una sociedad «inclinada a establecer simpatías políticas con aquellas naciones que le ofrezcan mayores ventajas económicas»; por lo tanto, «movidas calculadas a preservar la economía regional y vincularla a la de los Estados Unidos serán de gran valor» (ver *Informes sobre la Alta Guajira*). «En otras palabras, el comercio de exportación e importación estaba llamado a convertirse en un instrumento por medio del cual esta área del territorio colombiano entraría a formar parte de la hegemonía estadounidense» (Britto, 2014, p. 130).

Sin embargo, sobre el terreno, antes que vincular el comercio, lo desintegró. A través de la Lista Negra, el comercio se transformó en un campo de batalla que dejó siniestros con duraderas consecuencias. Decretada por el Departamento de Estado en Washington el 17 de julio de 1941, la «Lista Proclamada de Ciertos Nacionales Bloqueados» («Proclaimed List of Certain Blocked Nationals») fue diseñada como un mecanismo interno de rastreo y registro de individuos y firmas con vínculos con alguno de los tres países del Eje (Alemania, Italia y Japón). En la práctica, la llamada Lista Negra fue un mecanismo de intervención estadounidense en los asuntos locales de cientos de ciudades y poblados alrededor del continente. Esta lista funcionaba como una orden de bloqueo a personas naturales o jurídicas, impidiéndoles hacer negocios con compañías que tuvieran jurisdicción en los Estados Unidos, incluidos los bancos

multinacionales en donde muchos comerciantes tenían sus cuentas corrientes o guardaban sus ahorros. La información utilizada para determinar quién era agregado a la lista provenía de los cuerpos diplomáticos estadounidenses y británicos en los países en cuestión. Dicha información era centralizada por una oficina al interior del Departamento de Estado en Washington y posteriormente circulaba por el continente (Friedman, 2003b, p. 580).

El trastorno que la Lista Negra desató a lo largo y ancho de América Latina es imposible de exagerar. Colombia y La Guajira no fueron la excepción. Funcionarios de gobiernos municipales y nacionales de varios países levantaron sus voces de protesta ante las muchas arbitrariedades a las que la lista daba lugar y, sobre todo, por la manera en la que socavaba la soberanía nacional. El mismo presidente colombiano Eduardo Santos hizo lo propio a finales de 1941, cuando en conversaciones confidenciales con el cuerpo diplomático estadounidense advirtió «que le habían llegado informes de que la rivalidad comercial en muchas ciudades colombianas estaba provocando amenazas de que las empresas rivales se incluyeran en la Lista Proclamada de Estados Unidos» (ver *Recolección de información y delación*). Justamente este era el caso de Riohacha. Gradual pero certeramente, la Lista Proclamada fue destruyendo desde adentro la frágil economía local y, con ella, el modo de subsistencia de un área amplia que se extendía desde la provincia Padilla, al sur, hasta la comisaría de La Guajira, al norte.

Esta colección de documentos es evidencia de esa guerra comercial que libraron los Estados Unidos en La Guajira ante la indiferencia cómplice del Gobierno nacional en Bogotá. En busca de información sobre los esfuerzos por parte de Washington para acabar con la bonanza marimbera de los setenta, me encontré de sorpresa con esta historia inédita. La Administración Nacional de Documentos y Archivos Nacionales (NARA, en inglés), en su sede de College Park, MD, preserva docenas de memorandos, informes, telegramas, cartas, mapas y recortes de periódicos que tres vicecónsules produjeron y acumularon en su esfuerzo por «desalemanizar» La Guajira. Gracias

a la iniciativa de Fredy González Zubiría, entonces gerente del Fondo Mixto para la Promoción de la Cultura y las Artes de La Guajira, y la gestión de Joaquín Vilorio de la Hoz, gerente del Centro Cultural del Banco de la República en Santa Marta, y Jorge Enrique Elías Caro, vicerrector de Investigación de la Universidad del Magdalena, aquí les presentamos la mayoría de los documentos en su versión original y traducidos al castellano. La colección comprende parte del periodo bélico, desde finales de 1940 hasta mediados de 1943, y es producto del trabajo de los vicecónsules Terry B. Sanders, Lewis E. Leonárd y D. Chadwick Braggiotti, quienes llegaron por turnos a Riohacha para librar «la batalla por La Guajira», como Leonárd bien llamó a la lucha por la supremacía en la región.

El primer diplomático, Terry B. Sanders, encargado de establecer el viceconsulado, visitó Riohacha por primera vez entre el 27 y el 29 de noviembre de 1940. Después de encontrarse con una serie de dificultades que le impidieron conseguir una casa habitable en donde establecer residencia y oficina, Sanders se instaló en Barranquilla. Desde allí viajó periódicamente a Riohacha para recabar información. Conocido en Riohacha como «el detective», por su forma sospechosa de relacionarse con la gente, Sanders dejó para la posteridad los memorandos más extensos y detallados sobre la vida social y política local, la geografía de la península y hasta la cultura regional. Aunque fue incapaz de abrir la oficina, Sanders hizo sentir su presencia con pasos de animal grande. Fue él quien inauguró la temida Lista Proclamada, o Lista Negra, con la figura de mayor peso social, económico y político del momento, Gratiniano Gómez. El pánico en cadena que la inclusión de Gómez en la lista generó en Riohacha no fue suficiente para frenar los ánimos del diplomático estadounidense. Al contrario, días antes de dejar Colombia para asumir otro cargo, Sanders le apuntó a otro peso pesado, Luis Cotes Gómez, a quien calificó como «el Hitler de La Guajira», por su férreo control sobre los wayuu y su cercanía a Casa Müller.

A este teatro de guerra comercial arribó el segundo vicecónsul, Lewis E. Leonárd, para abrir formalmente la oficina el 24 de noviembre de

1941. Al momento de su llegada, los temores de Washington se habían acrecentado, después de que, el 11 de septiembre de 1941, el presidente Franklin D. Roosevelt anunció por radio que «la vanguardia de Hitler» había establecido «pistas de aterrizaje secretas en Colombia, dentro del radio de acción del canal de Panamá» (Friedman, 2003b, p. 563). Aunque Bogotá negó enfáticamente el anuncio, la primera tarea de Leonárd fue comprobar la validez de dicha afirmación en coordinación con el capitán Pacheco, comandante de unas 250 tropas de infantería del ejército apostadas en la península. Después de no hallar mérito alguno para validar el rumor de las pistas clandestinas, el nuevo vicecónsul se enfocó en la guerra comercial. Menos desconfiado y estricto que su predecesor, Leonárd decidió obrar con calma para «“atrapar” a los que demuestren más fuerza o presenten signos de ser los más peligrosos para nuestros intereses». Tan pronto como abrió las puertas del viceconsulado, las intrigas comenzaron hasta concluir con la inclusión en la Lista Negra de varios miembros de una de las familias más influyentes de la época, los Abuchaibe, lo cual puso a Leonárd en un dilema. Si bien el vicecónsul consideraba justo que el nombre del más prominente de los Abuchaibe, Nicolás Demetrio, apareciera en la lista, las consecuencias sociales de su inclusión lo alarmaron. Dueño de varios de los servicios públicos de Riohacha, como la planta eléctrica y la fábrica de hielo, Nicolás Demetrio se vio impedido para conseguir los insumos necesarios para operar sus plantas, lo que significó una crisis generalizada de desabastecimiento y escasez, además de la agudización de una epidemia de paludismo, ante la imposibilidad de hacer operativo al hospital de la región. Ante el drama humano, Leonárd advirtió al cuerpo diplomático sobre la necesidad urgente de rectificar. Pero su reacción no solo fue tardía, sino también insuficiente, y la crisis continuó profundizándose.

Para minimizar los impactos nefastos de la Lista Negra llegó el tercer y último vicecónsul, D. Chadwick Braggiotti, pero fracasó en el intento. Su arribo, a finales de abril de 1942, inauguró el periodo más conflictivo de la Segunda Guerra Mundial en La Guajira. Tras su llegada, el ataque sistemático de los submarinos alemanes en contra de embarcaciones de todo tipo y nacionalidad se incrementó.